

# MITOS GRIEGOS



GERALDINE McCAUGHREAN

EMMA CHICHESTER CLARK



# MITOS GRIEGOS



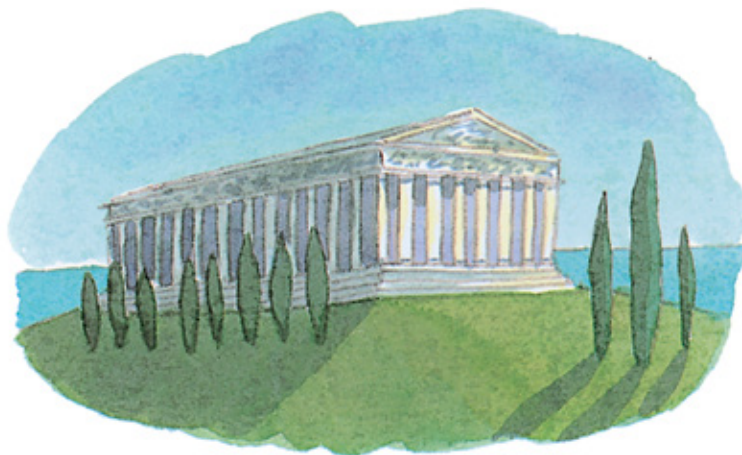
GERALDINE McCAUGHREAN

ILUSTRACIONES DE EMMA CHICHESTER CLARK



TRADUCCIÓN DE JAIME VALERO

ANAYA



Título original:  
*The Orchard Book of Greek Myths*

© Orchard Books: 1992, 2013  
© Del texto: Geraldine McCaughrean, 1992, 2013  
© De las ilustraciones: Emma Chichester Clark, 1992  
© Del diseño de cubierta: Emma Chichester Clark, 2013  
© De la traducción: Jaime Valero, 2017  
© De esta edición: Grupo Anaya, 2017  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)  
e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

1.ª edición, octubre de 2017

ISBN: 978-84-698-3346-9  
Depósito legal: M-22611/2017  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



# Contenido

PRÓLOGO 7

EN EL PRINCIPIO Y LA CAJA DE PANDORA 9

PERSÉFONE Y LAS SEMILLAS DE GRANADA 15

ECO Y NARCISO 23

DÉDALO E ÍCARO 29

ARACNE, LA TEJEDORA 36

EL REY MIDAS 40

PERSEO 46

LOS DOCE TRABAJOS DE HÉRCULES 58

APOLO Y DAFNE 68

TESEO Y EL MINOTAURO 71

JASÓN Y EL VELLOCINO DE ORO 76

ORFEO Y EURÍDICE 82

LA CARRERA DE ATALANTA 87

EL CABALLO DE MADERA 90

ULISES 97

LIBERTAD PARA PROMETEO 111





*Para Kate Williams*

*G. M.*

*Para Mark y Sophia*

*E. C. C.*





## PRÓLOGO

CUANDO ESTAS HISTORIAS SE CONTARON POR PRIMERA VEZ, HACE TRES MIL AÑOS, eran mucho más que simples historias. Para los antiguos griegos, eran una manera de dar sentido al mundo: cómo empezó, por qué el verano deja paso al otoño y se caen las hojas, por qué hay personas que tienen suerte y otras que no, qué hay después de la muerte...

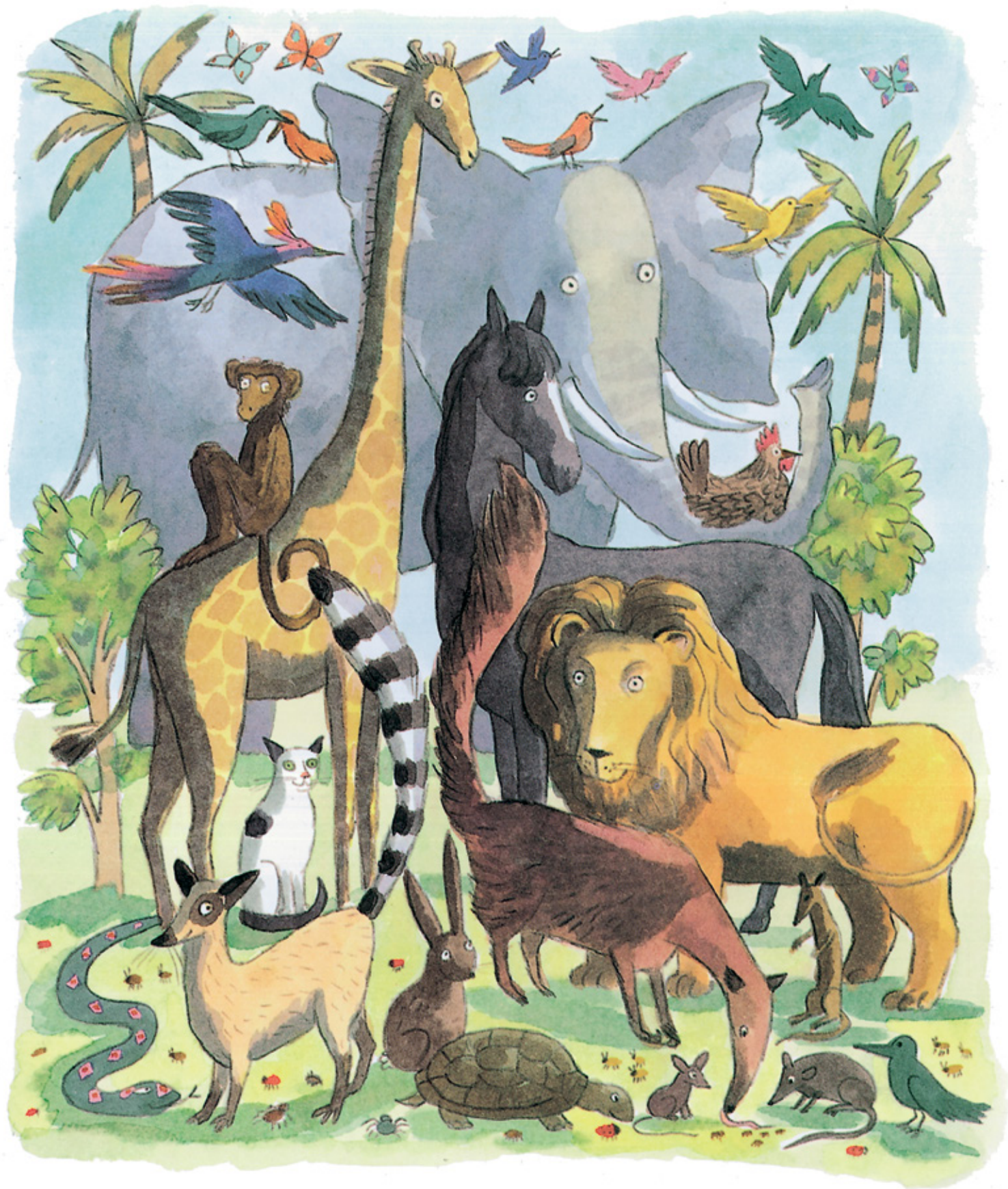
Los antiguos griegos creían que, allá en lo alto, en la cumbre de la montaña más grande del país, habitaba una familia de dioses. Uno de ellos estaba a cargo del mar, tenía el poder de desatar tormentas y de asustar a los marineros. Otro hacía que madurase la cosecha en los campos. Uno clavaba sus flechas de amor hasta en el corazón más endurecido. Otro decidía cuál era el bando vencedor en una guerra. En resumen, cada aspecto de la vida estaba supervisado por uno de esos dioses inmortales que vivían en el monte Olimpo.

Pero, lejos de ser perfectos y rebosantes de sabiduría, los dioses del cielo de los griegos eran tan zoquetes como nosotros. Reñían, se enamoraban, se hacían jugarretas unos a otros y a las personas que estaban a su cuidado. Perseguían a mujeres bellas, ayudaban a héroes valerosos y utilizaban toda clase de disfraces. Eran egoístas, celosos, vengativos, malhumorados... incluso solitarios. Y, mezcladas con las leyendas de esos dioses, había otras historias de griegos legendarios cuyas hazañas se fueron ensalzando cuanto más se contaban, hasta que se convirtieron en aventuras dignas de cualquier dios inmortal.

Pero, teniendo en cuenta que ya no creemos que haya dioses viviendo en lo alto del monte Olimpo, ¿por qué seguimos contando sus historias? Porque están repletas de todo aquello que nos fascina, con independencia del lugar o la época en que vivamos. Hay momentos divertidos y otros de acción, fábulas y cuentos de hadas, emociones y finales felices. En definitiva, los mitos griegos son tan extraordinarios que es imposible olvidarlos.

GERALDINE McCAUGHREAN







# EN EL PRINCIPIO Y LA CAJA DE PANDORA



**E**N EL PRINCIPIO DE LOS TIEMPOS, LOS DIOSES GOBERNABAN UN MUNDO vacío. Desde su hogar en el monte Olimpo, donde vivían en salones compuestos de nubes y rayos de sol, contemplaban los océanos y las islas, los bosques y las colinas. Pero todo permanecía inmóvil en esos paisajes, ya que no había animales, ni pájaros, ni personas.

Zeus, el rey de los dioses, encargó a Prometeo y a su hermano Epimeteo la tarea de crear seres vivos, y para ello los envió a vivir a la Tierra. Epimeteo creó las tortugas y les dio conchas; creó los caballos y les dio crines y colas; creó los osos hormigueros y les dio unos hocicos alargados y unas lenguas todavía más largas; creó los pájaros y les concedió el don de volar. Pero, aunque Epimeteo era un artesano fabuloso, no llegaba ni de lejos al nivel de su hermano. Prometeo se quedó observando a Epimeteo mientras trabajaba, y cuando todos los animales, pájaros, peces e insectos fueron creados, fue él quien dio vida a la criatura definitiva. Tomó barro del suelo y lo utilizó para moldear al Primer Hombre.

—Lo crearé a imagen de nosotros, los dioses. Tendrá dos piernas, dos brazos y caminará erguido, no arrastrándose a cuatro patas. Todas las demás bestias se pasan la vida mirando al suelo, ¡pero el Hombre mirará a las estrellas!

Cuando terminó, Prometeo se sintió muy orgulloso de lo que había creado. Pero cuando llegó el turno de concederle un don al Hombre, ¡ya no quedaba ninguno por entregar!

—Dale una cola —dijo Epimeteo.



## MITOS GRIEGOS

Pero las colas se habían terminado.

—Dale una trompa —propuso Epimeteo.

Pero los elefantes ya se las habían quedado.

—Dale un pelaje —sugirió Epimeteo, pero todo el pelaje se había empleado ya.

De repente, Prometeo exclamó:

—¡Ya sé qué es lo que le voy a dar!

Subió al cielo, muy alto, hasta llegar al lugar donde se encontraba la ardiente cuadriga del Sol. Del borde de su centelleante rueda, robó una diminuta astilla de fuego. Era una llama tan pequeña que pudo esconderla en el interior de una brizna de hierba, y regresó corriendo a la Tierra sin que ninguno de los dioses se diera cuenta de lo que había hecho.

Pero no pudo mantener el secreto durante mucho tiempo. La siguiente vez que Zeus se asomó desde el monte Olimpo, vio un resplandor rojizo y amarillento debajo de una columna de humo gris.

—Prometeo, ¿qué has hecho? Les has dado el secreto del fuego a esos... a esos... ¡hombrecillos de barro! ¿No te bastaba con que se parecieran a los dioses? ¿También tenías que compartir con ellos nuestras posesiones? De modo que esos hombres de barro son más importantes para ti que nosotros, ¿eh? ¡Pues haré que laments el día en que los creaste! ¡Haré que laments el día en que fuiste creado!



Encadenó a Prometeo a un acantilado y envió unas águilas para que lo picotearan durante todo el día. Si eso mismo nos hubiera ocurrido a ti o a mí, habríamos muerto. Pero los dioses no pueden morir. Prometeo sabía que su dolor no se aplacaría nunca y que sería imposible romper esas cadenas. Sintió una congoja tan intensa que le encogió el corazón, y le provocó más dolor del que podrían llegar a causarle las águilas.

Zeus también se había enfadado con el Hombre por haber aceptado el obsequio del fuego, aunque no lo parecía, ya que le preparó otro regalo maravilloso. Con ayuda de los demás dioses, dio forma a la Primera Mujer. Venus le concedió belleza; Mercurio, ingenio, y Apolo le enseñó a interpretar dulces melodías. Finalmente, Zeus cubrió su primorosa cabeza con un velo y la llamó Pandora.

Entonces, con una sonrisa en el rostro, mandó llamar a Epimeteo, que no era tan listo como para sospechar que se trataba de una trampa.

—Te he traído una novia, Epimeteo, como recompensa por tu trabajo al crear los animales. Y esto es un regalo de bodas para los dos. Pero en modo alguno se os ocurra abrirlo.

El regalo era un cofre de madera, cerrado a cal y canto, y asegurado con láminas de hierro. Cuando llegó a su casa, situada a los pies del monte Olimpo, Epimeteo dejó el cofre en un rincón oscuro, cubierto con una manta, y se olvidó de él. Al fin y al cabo, teniendo una novia como Pandora, ¿qué más podría pedir?

En aquellos tiempos, el mundo era un lugar maravilloso para vivir. Nadie estaba triste. Nadie enfermaba, ni envejecía. Epimeteo y Pandora se casaron, y él le concedía todos sus caprichos. Pero a veces, cuando se fijaba en el cofre, Pandora decía:

—¿Qué regalo de bodas tan extraño. ¿Por qué no podemos abrirlo?

—El motivo no importa. Recuerda que no debes tocarlo —le respondía Epimeteo con severidad—. Ni siquiera rozarlo. ¿Entendido?

—Pues claro que no voy a tocarlo. No es más que un cofre viejo. ¿Para qué podría quererlo? Aunque... ¿qué crees que habrá dentro?





## MITOS GRIEGOS

—El contenido no importa. Olvídate de ello.

Y Pandora lo intentó. De verdad que lo intentó. Pero un día, cuando Epimeteo estaba fuera, comenzó a obsesionarse con el cofre y, sin darse cuenta, acabó frente a él. «¡No! —se dijo—. Seguro que estará lleno de ropa, o de platos, o de papeles. Seguro que no hay nada de valor». Se puso a deambular por la casa. Intentó leer. Y entonces...

—¡Déjanos salir!

—¿Quién ha dicho eso?

—¡Déjanos salir, Pandora!

Pandora se asomó a la ventana, pero en el fondo de su corazón sabía que aquella voz provenía del cofre. Levantó la manta con el dedo índice y el pulgar. La voz resonó con más fuerza:

—¡Por favor, por favor, *déjanos salir*, Pandora!

—No puedo. No debo. —Pandora se agachó junto al cofre.

—Pero *tienes que hacerlo. Haznos ese favor. ¡Te necesitamos*, Pandora!

—¡Pero es que lo he prometido! —repuso, mientras acariciaba el pestillo.

—Es muy fácil. La llave está en la cerradura —insistió la vocecilla, suave como un susurro.

—No. No, no debo —dijo Pandora.

—Pero en el fondo *quieres hacerlo*, Pandora. ¿Y por qué no? También fue tu regalo de bodas, ¿no es cierto? Vale, hagamos una cosa. No nos dejes salir. Simplemente echa un vistazo dentro. ¿Qué daño podría causar eso?

A Pandora se le aceleró el corazón.

*Clic.* La llave giró.

*Clac. Clac.* El pestillo se abrió.

# ¡BANG!

La tapa salió disparada y Pandora cayó al suelo, derribada por un viento gélido cargado de arenilla que inundó la habitación, aullando. La ventolera desgarró las cortinas y las cubrió de manchas marrones. A continuación,

aparecieron unas criaturas viscosas que gruñían y rugían, con garras afiladas y hocicos prominentes. Unas criaturas que daban asco con solo mirarlas, y que estaban emergiendo del interior del cofre.

—Yo soy la Peste —dijo una.

—Yo soy la Crueldad —dijo otra.

—Yo soy el Dolor, y ella es la Vejez.

—Yo soy la Desilusión, y él es el Odio.

—Yo soy la Envidia, y esa de ahí es la Guerra.

—¡Y YO SOY LA MUERTE! —exclamó la criatura cuya voz parecía un susurro.

Las criaturas pegaron un salto y se escabulleron por las ventanas, dejando a su paso un reguero pringoso. Todas las flores se marchitaron al mismo tiempo, y los frutos de los árboles se pudrieron. El cielo adquirió un tono sucio y amarillento, y por todas partes empezaron a oírse llantos.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Pandora cerró la tapa del cofre. Pero quedaba una criatura dentro.

—¡No, no, Pandora! ¡Si me encierras aquí, te arrepentirás! ¡Déjame salir!

—¡Ni hablar! No me engañaréis dos veces —replicó Pandora, entre sollozos.

—¡Pero es que soy la Esperanza! —susurró la criatura con un hilo de voz—. ¡Sin mí, el mundo no podrá soportar toda la fatalidad que has desatado!

Así que Pandora abrió la tapa, y una llamita blanca, tan pequeña como una mariposa, salió revoloteando y se meció de un lado a otro, impulsada por los ruidosos vientos. Cuando salió por la ventana, apareció un sol difuminado que proyectó su luz sobre el jardín marchito.

Preso en el acantilado, Prometeo no pudo hacer nada por ayudar a los hombrecillos de barro que había creado. Por mucho que forcejeó y se retorció, no logró





## MITOS GRIEGOS

liberarse. A su alrededor, oyó los ecos de un llanto. Ahora que esas desagradables criaturas habían escapado, ya no habría más días relajados ni noches apacibles para los hombres y las mujeres. Los humanos se volverían desagradables, asustadizos, codiciosos, infelices. Y un día, todos habrán de morir y marcharse a vivir como espectros al frío y oscuro Inframundo. Solo de pensar en ello, a Prometeo se le partió el corazón. Entonces, por el rabillo del ojo, atisbó un pequeño parpadeo luminoso y sintió que algo, tan diminuto como una mariposa, rozaba su pecho desnudo. La Esperanza había acudido a descansar en su corazón.

Prometeo sintió una fortaleza repentina, una oleada de valor. Estaba seguro de que su vida aún no había llegado a su fin. «No importa lo mal que estén hoy las cosas, mañana irán mejor —pensó—. Algún día, alguien pasará por el acantilado, se apiadará de mí, romperá mis cadenas y me dejará libre. ¡Algún día!».

Las águilas trataron de atacar ese pequeño destello luminoso, pero eran demasiado lentas como para atraparlo con sus picos. La Esperanza prosiguió su camino, extendiéndose por todo el mundo como una diminuta lengua llameante.







*Una recopilación de aventuras de los principales mitos griegos, narradas con sencillez y viveza para los lectores de hoy en día. Encontramos aquí las peripecias de Jasón, Teseo y Ulises; de Ícaro, que voló demasiado cerca del sol; del rey Midas, cuya magia convertía en oro todo lo que tocaba; y también otras historias, quizá menos conocidas, como la de Atalanta, la cautivadora diosa capaz de correr más deprisa que cualquier hombre; o la de Aracne, la presumida tejedora que acabó convertida en araña.*

La caja de Pandora ☒ Perséfone y las semillas de granada ☒ Eco y Narciso ☒ Dédalo e Ícaro  
Aracne, la tejedora ☒ El rey Midas ☒ Perseo ☒ Los doce trabajos de Hércules  
Apolo y Dafne ☒ Teseo y el Minotauro ☒ Jasón y el vellocino de oro ☒ Orfeo y Eurídice  
La carrera de Atalanta ☒ El caballo de madera ☒ Ulises ☒ Libertad para Prometeo



LA MAGIA DE LOS MITOS GRIEGOS RECREADOS  
POR GERALDINE McCAUGHREAN Y LAS MAGNÍFICAS ILUSTRACIONES  
DE EMMA CHICHESTER CLARK HACEN DE ESTE LIBRO  
UN TÍTULO IMPRESCINDIBLE EN CUALQUIER BIBLIOTECA.

